

migos; podemos matarlos en el calor de la acción, como vosotros haceis con los nuestros; ¿y por qué no podremos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses?"

La frecuencia de estos sacrificios no fué ciertamente menor en Egipto, en Italia, en España y en las Galias, que en México. Si solo en la ciudad de Helíópolis se sacrificaban anualmente, segun dice Manetón, más de 1,000 víctimas humanas á la diosa Juno, ¿cuántas no serian las sacrificadas en las otras ciudades de Egipto á la famosa diosa Isis y á los otros innumerables númenes de aquella supersticiosa nación! ¿Qué no harian los pelagos que consagraban á sus dioses la vida de la décima parte de sus hijos? ¿Qué número de hombres no se habrá consumido en aquellas hecatombes de los antiguos habitantes de España? ¿Y qué diremos de los galos, que no contentos con la muerte de los prisioneros de guerra y de los malhechores, la daban tambien á los inocentes, como lo hemos visto en el citado pasaje de César? Además que ya he probado que los escritores españoles exageraron el número de las víctimas sacrificadas en México.

Los humanísimos romanos, que tenían escrúpulo en observar las entrañas de los hombres, ¹ aunque prohibieron al fin estos sacrificios al cabo de seis siglos y medio de fundada su capital, siguieron permitiendo con demasiada frecuencia el sacrificio gladiatorio. Doy este nombre á los bárbaros combates que servian de diversion al pueblo, siendo al mismo tiempo uno de los deberes prescritos por la religion. Además de la sangre humana que se derramaba en los juegos del circo y en los convites, no era poca la que regaba los funerales de la gente rica, sea en los combates de los gladiadores, sea dando muerte á algunos prisioneros para aplacar los manes del difunto. Y tan persuadidos estaban de la necesidad de sangre humana en aquellas ocasiones, que cuando las facultades de la familia no permitian comprar gladiadores ni prisioneros, se pagaban lloronas para que con las uñas se sacasen sangre de las mejillas. ¿Cuál no habrá sido el número de infelices inmolados por la superstición romana en tantos funerales, especialmente reinando en esto cierta emulacion; pues los unos querian superar á los otros en el número de gladiadores y prisioneros que debian solemnizar con su muerte la pompa fúnebre? Este espíritu sanguinario de los romanos fué el que tantos estragos hizo en los pueblos de Europa, de Asia y de Africa, y el que muchas veces inundó á Roma con sangre de sus propios ciudadanos, y particularmente durante las horrendas proscipciones que tanto oscurecieron las glorias de aquella famosa república.

No solo fueron crueles los Mexicanos para con sus prisioneros; lo fueron tambien consigo mismos, como se echa de ver en las austeridades que usaban y que refiero en mi Historia. Pero el sacarse sangre con las espinas de maguey de la lengua, de los brazos y de las piernas, como hacian todos; y el agujerarse la lengua con pedazos de caña, como hacian los más rigurosos, parecerán mortificaciones ligeras comparadas con aquellas espantosas y horribles penitencias de los fanáticos de la India oriental y del Japon, cuyos pormenores no pueden leerse sin horror. ¿Quién osará poner la crueldad de los más famosos *Tlanacazques* de México y de Tlaxcala, al nivel de la que practicaban los sacerdotes de Cibele y de Belona? ² ¿Cuándo se vió á los Mexicanos destrozarse los miem-

¹ "Adspici humana exta nefas habetur."—Plin. Hist. Nat. lib. XXXVIII, cap. 1.

² "Dez Magnæ Sacerdotes, qui Calli vocabantur, virilia sibi amputabant et furore perciti caput rotabant cultrisque faciem musculosque totius corporis discebant."—Aug. de Civit. Dei, lib. II, cap. 7.

"Ille viriles sibi partes amputat, ille lacertos secat. Ubi iratos deos timent qui sic propitios merentur?"

bros, arrancarse la carne con los dientes y castrarse en honor de sus dioses, como hacian los sacerdotes de la primera de aquellas dos divinidades?

Finalmente, los Mexicanos no solo sacrificaban víctimas humanas, sino que comian su carne. Confieso que en esto fueron más bárbaros que otras muchas naciones; pero no forman una excepcion de toda la especie humana, pues no faltan ejemplos de esta clase en el antiguo continente y aun en los pueblos que se han llamado cultos. "Aquel uso horrible, dice el historiador Solis, de comerse los hombres unos á otros, se vió ántes en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa en sus anales la Galicia." Además de los antiguos africanos, entre cuyos descendientes hay todavia muchos antropófagos, es cierto que lo fueron muchas de aquellas naciones comprendidas bajo la comun denominacion de *Scitas*, y aun los antiguos pobladores de la Sicilia y del continente de Italia, como dicen Plinio y otros autores. De los indios que vivian en tiempo de Antioco el Ilustre, escribe Apion, historiador egipcio (no griego como dice Mr. de Paw), que cebaban un prisionero para comerlo al cabo de un año. Del famoso Annibal, cuenta Tito Livio que dió á comer carne humana á sus soldados para inspirarles valor. Plinio reconviene amargamente á los griegos por el uso que tenían de comer todas las partes del cuerpo humano, creyendo poder curar de este modo diversas enfermedades: *Quis invenit singula membra humana mandere? Qua conjectura inductus? Quam potest medicina ista originem habuisse? Quis beneficia innocentiora fecit quam remedia? Esto, barbari externique ritus invenerint: etiamne Græci suas fecere has artes?* ¿Qué extraño es, pues, que los Mexicanos ejecutasen por máxima de religion lo que los griegos usaban por medicina? Pero no: estoy muy léjos de hacer la apología de los Mexicanos en este punto, pues en él fueron más bárbaros que los romanos, los egipcios y las otras naciones cultas; mas por lo demás, no puede dudarse, en vista de lo que ya hemos visto, que su religion fué ménos supersticiosa, ménos ridícula y ménos indecente que la de aquellos pueblos.

Tantus est perturbatae mentis et sedibus suis pulsæ furor, ut sic Dii placeant, quemadmodum ne homines quidem sæviunt teterrimi, et in fabulas traditi crudelitatis Tyranni lacerantur aliquorum membra: neminem sua lacerare jusserunt. In regie libidinis voluptatem castrati sunt quidam, sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino manus intulit. Se ipsi in templis contrucidant, vulneribus suis ac sanguine supplicant. Si cui intueri vacet quæ faciunt, quæque patiuntur, inveniet tam indecora honestis, tam indigna liberis, tan dissimilia sanis, ut nemo fuerit dubitaturus furere eos, si cum paucioribus furerunt: nunc sanitatis patrocinium insipientium turba est."—Senec. lib. de superst.

